

CARTA DE ...

ESTAMBUL

Orhan Pamuk, Nobel de Literatura, estambulí de cuna, desentraña en este texto dos tentaciones que corren paralelas: el exotismo que embarga las crónicas del viajero occidental y el ansia de occidentalización impulsado desde los tiempos de la revolución kemalista.

Ante los ojos de Occidente

Por Orhan Pamuk

Tanto como individuos como comunidad, a todos nos preocupa hasta cierto punto lo que piensan de nosotros los extranjeros, los desconocidos. Si esta preocupación nos hace sufrir, si enturbia nuestras relaciones con la realidad, si alcanza las dimensiones de llegar a ser más importante que la propia realidad, entonces es que se ha convertido en problemática. Mi relación —como la de tantos estambulíes— con lo que ha visto de mi ciudad la mirada occidental siempre ha sido problemática, y como todos los autores de la ciudad que tienen un ojo en Occidente, yo también me siento confuso a veces.

Ahmet Hamdi Tanpınar, que con Yahya Kemal sería el primero en desarrollar una imagen y una literatura de la ciudad que pudieran hacer suyas los estambulíes gracias a periódicos y revistas, leyó con sumo cuidado, como también hizo Yahya Kemal, las notas de viaje de Nerval y Gautier. La parte sobre Estambul del libro de Tanpınar *Cinco ciudades* es el texto más importante escrito en el siglo xx por un habitante de la ciudad, y se puede decir que fue redactado en parte manteniendo una conversación, y a veces una disputa, con los escritos de Nerval y Gautier. En cierto lugar del texto, Tanpınar señala que el escritor y político francés Lamartine, en su visita a Estambul, había hecho “un retrato muy concienzudo” del sultán Abdulmecit I y, tras insinuar que la *Historia de Turquía* del mismo Lamartine (en la biblioteca de mi abuelo había una copia muy elegante en ocho tomos) podía haber estado sufragada por Abdulmecit I, afirma que el interés de Nerval y Gautier por el sultán era mucho más trivial porque, nos recuerda, siendo periodistas se veían obligados a satisfacer las expectativas del lector occidental «que ya tenía un juicio previo». Tanpınar encuentra *frívolo* que Gautier (como todos los viajeros occidentales, que hacían lo mismo

en cuanto llegaban a Estambul) sueñe con las mujeres del harén de palacio y que presuma de que el propio sultán le echó una ojeada a la italiana que le acompañaba, pero también nos dice que eso no debe ser motivo de que nos irrite con él, porque «el harén existía».

En este breve aviso se resume el dilema que las observaciones de los occidentales provocan en los estambulíes educados y que tanto les molestan. Por una parte, a causa de la occidentalización, para el lector estambulí las valoraciones y los juicios de los escritores occidentales son extremadamente importantes, y por otra, y por esa misma razón, el corazón del lector estambulí, que presume de conocer al autor y a la cultura occidental que representa, se rompe con facilidad cuando el observador occidental «se pasa de la raya» en cualquier tema. Lo peor es que nadie sabe en qué consiste «pasarse de la raya». A menudo se olvida que lo que forma el carácter de las ciudades, y de las personas, es el «pasarse de la raya», o ciertas cosas que el observador exterior analiza en exceso precisamente «pasándose de la raya». Un ejemplo: la observación de los viajeros occidentales de que en Estambul los cementerios se integran en la vida cotidiana es, en mi opinión, «pasarse de la raya»; pero, como muy bien señaló Flaubert, es cierto que dicha particularidad, que luego desaparecería por efecto de la occidentalización, era una importante característica de la ciudad en aquel tiempo.

Que el nacionalismo turco creciera de forma simultánea a la occidentalización llevó a esa relación a un callejón sin salida. Los temas irrenunciables para los viajeros occidentales que pusieron el pie en Estambul durante la segunda mitad del siglo xviii y todo el xix —el harén, el mercado de esclavos (Mark Twain fantaseaba sarcásticamente sobre cómo en las páginas de economía de los

grandes periódicos estadounidenses aparecerían el pedigrí y los precios de la última cosecha de jóvenes circasianas y georgianas del mercado de esclavos), los pordioseros, la carga increíble que llevaban auestas los porteadores (a todos nos molestaba que los turistas europeos fotografiaran a esos porteadores que veía de niño, y que tanto miedo me daban, en el puente de Gálata llevando a las espaldas pilas de cajas de metros de altura, pero a nadie le importaba si el que lo hacía era un fotógrafo estambulí, por ejemplo, Hilmi Sahenk), los monasterios de derviches (un bajá conocido de Nerval le aconsejó a su invitado francés que no fuera a perder el tiempo al monasterio de los derviches rufai, que se clavaban pinchos por todos lados, porque estaban *locos*) y el enclaustramiento de las mujeres— son al mismo tiempo motivos de crítica por parte de los estambulíes occidentalizados. Pero cuando se leen esas mismas críticas escritas por la pluma de un famoso autor occidental, la mayor parte de las veces surgen decepciones y reacciones nacionalistas inesperadas.

Una de las causas por la que nunca acaba esta relación de amor-odio es la ambición de los intelectuales occidentalizados por conseguir la aprobación de Occidente, por oír de las plumas más escogidas y de los medios de difusión occidentales que son como ellos. En cambio, escritores como Pierre Loti no ocultan que les gustan Estambul y los turcos por razones completamente opuestas: porque cuidan sus facetas orientales, *exóticas*, tan poco parecidas a Occidente. Cuando Pierre Loti empezó a criticar a los estambulíes porque se estaban occidentalizando y estaban perdiendo sus características tradicionales, la pequeña minoría de lectores que le leían con gusto en Turquía había surgido precisamente de entre los occidentalizados. Pero tanto Loti, con el mundo meloso de sus



La soberbia colección de tarjetas postales de Max Fruchtermann son un documento impagable para presenciar el cambio de siglo en la vieja Constantinopla.

CARTA DE ...



“A André Gide no le gustaron precisamente los turcos y no utiliza la palabra *nación* sino *raza* para definirlos”

novelas exóticas y sus escritos, como los estambulíes occidentalizados encontraban un punto común de acuerdo en la *turcofilia* cuando aparecían problemas políticos internacionales.

Sin embargo, en las memorias de André Gide, en las que cuenta su viaje a Turquía en 1914, no aparece esa panacea de la *turcofilia*. Justo al contrario, a Gide no le gustaron en absoluto los turcos, y lo explica no usando la palabra *nación* sino *raza*, un concepto que poco a poco iba poniéndose de moda: «¡Esta raza se merece las horribles ropas que viste!». Escribe orgulloso que su viaje a Turquía ha servido para recordarle lo superior que es la civilización occidental, especialmente la francesa. Aquellas palabras, que cuando se publicaron tanto ofendieron a los principales escritores turcos de la época, empezando por Yahya Kemal, no fueron contestadas de inmediato por la prensa popular en periódicos y revistas, algo que sí ocurre en nuestros días en cuanto se da una situación parecida, sino que los intelectuales estambulíes le ocultaron el insulto a la nación como si fuera un secreto y lo sufrieron en silencio. Una de las razones era que los intelectuales occidentalizados íntimamente le daban la razón a Gide, por supuesto. Un año después de que los escritos en que Gide despreciaba la forma de vestir de los turcos se publicaran en forma de libro, Atatürk, el mayor occidentalizador, prohibió que se usara toda aquella ropa no occidental con la revolución del vestido.

A mí también me mueve el deseo de leer, adhiriéndome a su opinión, lo que escribe el observador occidental que critica y desprecia profundamente la ciudad, y me resulta bastante más agradable que leer a autores como Pierre Loti que no paran de repetir lo bonita, lo extraña, lo maravillosa y lo especial que es Estambul. La mayor parte de las veces la cuestión no reside tanto en la belleza de los lugares y los paisajes ni en la simpatía o el respeto que muestra la gente por el viajero occidental, sino en lo que el autor espera de la ciudad y lo que el lector espera de sus escritos. Desde mediados del siglo XIX, en las literaturas anglofrancesas apareció una imagen de Estambul que se iba enriqueciendo a partir de los mismos temas y los mismos estereotipos. Como los escritores, que se influían unos a otros y que a veces se hospedaban en los mismos lugares y eran paseados por los mismos guías, encontraban en Estambul lo que habían leído previamente (monasterios de derviches, incendios, la belleza de los cementerios, el palacio y el harén, pordioseros, perros callejeros, prohibición de beber alcohol, la reclusión de las mujeres, el misterio de la ciudad, un paseo por el Bósforo y la hermosura del paisaje y de la silueta de la ciudad), no se decepcionaban. Esta nueva generación de viajeros occidentales, que empezaba a percibir lentamente el desplome del Imperio otomano y el hecho de que se trataba de un Estado que se iba quedando atrás con respecto a Europa, ya no se interesaba demasiado por temas como el secreto de la fuerza del ejército otomano, ni por las sutilezas ignotas del aparato del Estado, y aprendían a ver la ciudad y a sus habitantes como curiosos, divertidos y turísticos en vez de temibles, inalcanzables e incomprensibles, tal y como ocurría antes. En realidad, el mero hecho de haber llegado hasta Estambul ya era para ellos un éxito y un entretenimiento, y, como consideraban el broche de oro de su viaje ver y escribir lo que habían visto y escrito otros viajeros occidentales como ellos, ninguno tenía la menor intención de sufrir una decepción en el lugar al que habían llegado.

Cuando los barcos de vapor y el ferrocarril acercaron Estambul a Occidente, el viajero que de pronto se encontraba en las calles de la ciudad comenzó a permitirse el lujo y el placer de preguntarse para qué había venido y qué era lo que hacía en tan horrible lugar. Gracias a la suma del esnobismo con la ignorancia y de la audacia creativa con la honestidad, los viajeros *cultos* como Gide, en lugar de intentar comprender las diferencias culturales, la diversidad de usos y costumbres o las particularidades estructurales del país y su cultura, descubrieron el derecho del viajero a reclamar diversión, entretenimiento y felicidad en Estambul. Estos escritores turistas de la última época, que tenían la suficiente confianza en sí mismos como para proclamar que si no decían nada interesante no era culpa suya sino que la ciudad era aburrida y mediocre, demuestran que creían sinceramente en la superioridad económica y militar de Occidente, algo que ni siquiera los intelectuales más *críticos* occultan que les llena de orgullo y les otorga seguridad, y en que, también para ellos, Occidente es la medida del mundo.

Estos escritores y los que les siguieron comenzaron a aparecer en una época en la que el interés exótico por Estambul había disminuido bastante. La razón de ese desinterés estriba en que, como resultado de la occidentalización y de las prohibiciones de las reformas kemalistas, muchos elementos turísticos, como los harenes, los monasterios de derviches o los sultanes, desaparecieron junto con las casas de madera, y en que el lugar del Imperio otomano lo ocupó la pequeña República de Turquía, que imitaba a Occidente. En 1985, a finales de esa época en que nadie venía a Estambul ni escribía sobre ella y en que la prensa local entrevistaba a cualquier extranjero que viniera al hotel Hilton, el poeta ruso-norteamericano Joseph Brodsky publicó en el *New Yorker* un largo artículo titulado «Huida de Bizancio». Influidor por el estilo sarcástico y despectivo de un artículo que el poeta Auden había escrito sobre Islandia, Brodsky, al principio de su escrito y con un aire de disculpa, enumera exhaustivamente los motivos de su viaje (en avión) a Estambul. En aquel tiempo yo me encontraba muy lejos de la ciudad y me apetecía leer algo agradable sobre Estambul, así que su sarcasmo me rompió el corazón, pero, con todo, me gusta esa frase de Brodsky en la que dice: «¡Qué envejecido está todo aquí!». E insiste: «¡No antiguo, ni destartado, ni anticuado, ni pasado de moda, solo envejecido!», y no le faltaba razón. Cuando el Imperio otomano se hundió y desapareció y la República de Turquía, indecisa sobre lo que era su esencia, no supo ver sino su carácter turco y se apartó del resto del mundo, Estambul perdió sus viejos días de victoria, ostentación y diversidad de lenguas y todo comenzó a envejecer lentamente allí donde estaba y a despoblarse, y Estambul se transformó en un lugar vacío, en blanco y negro, con una sola voz y una única lengua.

El Estambul de mi infancia y mi juventud era un lugar que iba perdiendo a toda velocidad su configuración cosmopolita. En 1852, cien años antes de mi nacimiento, Gautier, después de observar como tantos viajeros antes que él que en las calles de Estambul se hablaba turco, griego, armenio, italiano, francés e inglés (y debería haber añadido ladino, que se usaba más que estos dos últimos) y que en aquella *torre de Babel* mucha gente sabía varias de aquellas lenguas, se avergüenza un poco de hablar solo francés, como la mayoría de los franceses. El

que la conquista prosiguiera después de la fundación de la República de Turquía, la violencia de la turquización de Estambul y el hecho de que el Estado provocara una especie de limpieza étnica en la ciudad restaron presencia a todas aquellas lenguas. En mis recuerdos de infancia queda como parte de aquella limpieza cultural la manera en que se callaba a los que por la calle hablaban en voz alta griego o armenio (la verdad es que por aquel entonces no se veían por ahí a demasiados kurdos ni se oía su lengua): «¡Ciudadano, habla turco!». También había letreros por todos lados con el mismo mensaje.

Mi interés por los escritos de los viajeros occidentales, a veces incluso por los menos fiables, no se debe solo a una relación de amor-odio ni a un complejo deseo de sufrir y obtener su aprobación. Si dejamos de lado a un puñado de corresponsales de la ciudad que criticaban a los ciudadanos que se comportaban indebidamente en la calle y una serie de detallados documentos oficiales, la verdad es que los estambulíes escribieron muy poco sobre su ciudad hasta principios del siglo xx. Durante siglos, únicamente los viajeros occidentales se ocuparon de la descripción como un todo de las calles de la ciudad, de su atmósfera, de su ambiente, de los detalles de la vida cotidiana y de la transcripción de cómo respiraba y de lo que temía a cada momento del día, todo este trabajo que solo se puede realizar mediante la literatura. De la misma forma que si quiero saber cómo eran las calles de Estambul en la década de 1850 y quién iba con qué atuendo tengo que acudir a las fotografías de Du Camp o a los grabados de los artistas occidentales, si tengo interés por saber lo que ocurría hace cien, doscientos o cuatrocientos años en las calles, en las avenidas y plazas en las que ha transcurrido mi vida, o qué plaza era antes un solar vacío, o en qué solar vacío había una plaza con soportales, o cómo se vivía por aquí (si no quiero pasarme años en el laberinto de los archivos otomanos), solo puedo leerlo en las páginas de los viajeros occidentales. Y la atención de la mayoría de ellos se desvía hacia lo exótico y lo pintoresco.

En un artículo titulado «El regreso del flâneur» en el que presenta el libro de Franz Hessel *Paseos por Berlín*, Walter Benjamin dice: «Si dividiéramos por su lugar de nacimiento en dos grupos a los autores de las descripciones de ciudades que se han hecho hasta el momento, quedarían en franca minoría los que han nacido y crecido en dichas ciudades». Según Benjamin, lo que más emociona a los que vienen de fuera son las imágenes exóticas y pintorescas. El interés de los que han nacido y crecido allí siempre se mezcla con sus propios recuerdos.

Como resultado de la occidentalización, mis circunstancias particulares, como las de todos los escritores y lectores de Estambul (y probablemente las de todo el mundo como resultado de la inevitable occidentalización), son las mismas, no demasiado específicas, de los que viven en ciudades fuera de Occidente. Para las generaciones anteriores, lo que forma la visión de la ciudad en la que vivo, es decir, los diarios de la vida cotidiana y los cuadernos de recuerdos de Estambul, lo escribieron extranjeros.

Quizá por eso a veces leo lo que han escrito sobre la ciudad esos viajeros no como sueños exóticos de otro, sino como si fueran mis propios recuerdos. Además, siempre me ha gustado que detalles de los que ya me había dado cuenta, aunque no era consciente de haberlo hecho porque nadie los había mencionado, los perciba

y los ponga por escrito el observador occidental. El que Knut Hamsun percibiera que el puente de Gálata de mi niñez, construido sobre pontones, se meciera suavemente con el peso del tráfico, o que Hans Christian Andersen escribiera que los cipreses de los cementerios eran *oscuros*, son de ese tipo de observaciones. Observar Estambul como un extranjero ha sido siempre un placer para mí y una costumbre necesaria contra el sentimiento de comunidad y el nacionalismo.

Me parecen tan alejados de mi vida el harén, a veces descrito con realismo, y aquellas ropas y costumbres del pasado que, aunque sepa que no se trata de un sueño, me da la impresión de que todo eso no es el pasado de mi ciudad sino el de la de algún otro. La occidentalización nos ha dado a mí y a millones de estambulíes el placer de encontrar «exótico» nuestro propio pasado.

Me miento pensando que ver la ciudad con los distintos puntos de vista de otros mantendrá viva mi relación con ella. A veces reconozco que no salgo de casa, que ni siquiera voy en busca del otro Orhan que me espera pacientemente en algún lugar de Estambul, e imagino que eso me puede osificar el cerebro y que el pertenecer de una manera tan exagerada a la ciudad puede matar el deseo de verla que existe en mi mirada. Entonces me consuelo pensando que en mi forma de verla hay bastante de extranjero porque la he contraído a fuerza de leer libros de viajeros occidentales. En ocasiones, cuando leo lo que ha escrito un observador occidental sobre ciertas avenidas y callejones que no cambian nunca, sobre las ruinosas casas de madera, sobre los vendedores ambulantes, los solares vacíos y la amargura, me parece estar leyendo mis propios recuerdos.

Por supuesto, en todo esto influye el que la población de Estambul se haya multiplicado por diez a lo largo de mi vida y el que algunas plazas y calles, a pesar de no haber cambiado nada, parezcan haberse convertido en lugares distintos a causa de la multitud. Siempre echo de menos los tiempos en que la ciudad estaba desierta y vacía.

El que los viajeros occidentales adapten a Estambul sus propias quimeras o sueños de Oriente nunca le ha hecho el menor daño a los estambulíes, porque la ciudad no ha sido una colonia occidental. Por ejemplo, si leo que Gautier dice que los turcos no lloran ante el desastre que suponen los incendios y que se comportan con solemnidad porque son fatalistas (al contrario que los franceses, que en situaciones parecidas lloran a moco tendido), ni le doy la razón ni tampoco pienso que está cometiendo una injusticia conmigo. Pero me da la impresión de que los lectores franceses, que se creerán a pies juntillas ese razonamiento, no entenderán por qué entonces los estambulíes no han podido desprenderse en ciento cincuenta años de su sentimiento de amargura.

Lo que de verdad duele de lo que han escrito los viajeros occidentales sobre Estambul es percibir que todas las cosas que estos autores, algunos de ellos muy brillantes, mencionaban exageradamente como específicas de la ciudad y sus habitantes han ido desapareciendo en tan poco tiempo. Porque a los observadores occidentales les gustaba ver y escribir sobre todo lo *exótico*, lo que no era occidental de Estambul, y el movimiento occidentalizador que comenzó a adueñarse de la ciudad disolvió y destruyó en poco tiempo todas aquellas particularidades, instituciones y tradiciones, precisamente porque eran un obstáculo



“Observar Estambul como un extranjero ha sido siempre un placer para mí y una costumbre necesaria”

CARTA DE ...



Fruchtermann fue un observador atento a los grandes estambulíes: cementerios, derviches y mezquitas como la de Santa Sofía, en imagen.

para la occidentalización. He aquí una pequeña lista de ellas:

Primero se disolvió el cuerpo de jenízaros, uno de los temas favoritos de los viajeros occidentales hasta el siglo XIX. El mercado de esclavos, que tanto había interesado a aquellos, desapareció también después de que se hubiera escrito tanto sobre él. Los monasterios de los derviches rufai, que se clavaban pinchos por todas partes, y de los mevlevíes, tan del gusto a los observadores occidentales, se cerraron con la República. Las vestiduras otomanas que tanto habían dibujado los pintores occidentales dejaron de usarse poco después de que se publicaran las críticas de André Gide. Y el harén, uno de los temas favoritos de los autores occidentales, ya no existe. Setenta y cinco años después de que Flaubert le dijera a su querida amiga que haría que los calígrafos del Bazar le escribieran su nombre, toda Turquía pasó del alfabeto árabe al latino y así se acabó el placer de disfrutar de ese exotismo. De todas estas pérdidas, la que yo creo que ha sido más dura de sobrellevar para los estambulíes es la de que las tumbas y los cementerios dejaran de ser sitios integrados en jardines, plazas y en la vida cotidiana para convertirse en lugares horribles rodeados por altos muros, parecidos a prisiones, sin cipreses, sin ningún tipo de árboles, sin vistas, y todo en nombre de la occidentalización. Los porteadores que tanta curiosidad han despertado entre los turistas a lo largo de toda la historia de la República y los viejos coches americanos que llamaron la atención de Joseph Brodsky, por ejemplo, desaparecieron poco tiempo después de que se escribiera bastante sobre ellos.

Solo una cosa ha sido capaz de eludir ese proceso de «observación occidental-desaparición»: las manadas de perros que todavía campan a sus anchas por las calles traseras de Estambul. El segundo objetivo de Mahmud II, que disolvió a los jenízaros porque no aceptaban la disciplina occidental, era acabar con los perros, pero fracasó en su empeño. En otro movimiento de reforma hecho después de la Época Constitucional, y con la ayuda de los gitanos, se recogieron los perros uno a uno y se les desterró a la isla de Sivri, pero los animales supieron regresar victoriosos a la ciudad. Puede que una de las razones sea que a los franceses, a quienes les resultaban muy exóticas las manadas de perros por las calles, les pareció todavía más exótico que los encerraran a todos juntos en una isla y escribieron mucho y con bastante sarcasmo sobre el tema (incluso Sartre bromeaba años más tarde al respecto en su novela *La edad de la razón*).

Max Fruchtermann, el fotógrafo de tarjetas postales, consciente de este exotismo, supo darles un lugar a los perros callejeros, como a los derviches, a los cementerios y a las mezquitas, en una serie que editó a finales del siglo XIX y principios del XX sobre paisajes de Estambul. ❖

Orhan Pamuk (Estambul, 1952), Premio Nobel de Literatura 2006, es autor de libros fundamentales sobre la capital turca como *El museo de la inocencia* o *Cevdet Bey e hijos*. El presente texto pertenece a *Estambul. Ciudad y recuerdos*, publicado como toda su obra por la Editorial Mondadori, a la que agradecemos su cortesía.
